

—Tía, no sé quien me ha pegado; tenía la cabeza inclinada, y no pude ver.

—No puede ser; se te habrá figurado. Todas las personas que hay aquí son educadas. ¿Quién se había de atrever?

—¡Cómo se me había de figurar, si dueñen tanto los golpes! Mira tía, toca aquí— y tomó la mano de D^{ca} Jacinta y la llevó á la coronilla de la cabeza.

—¡Jesús! —gritó D^{ca} Jacinta— ¡si te han levantado dos hinchazones enormes! ¡Pobrecita! ¡Qué atrevimiento! ¡qué grosería!

La escena resfrió los ánimos. Pasó un rato de de penoso silencio, y como todos nos sentíamos molestos, creyendo que la sospecha recaía sobre el conjunto por la falta de conocimiento del verdadero autor del desacato, pensamos instintivamente ponernos en cobro. En vano, ya serena Doña Jacinta, trató de galvanizar á la reunión. La dispersión se declaró en todas las filas, y me fué preciso marcharme.

—¿Qué dices de mi tía? —pregunté á Lola al despedirme.

—Qué merece una buena gala.

—¿Por qué?

—Por lo que hizo.

—¿Luego la viste?

—Por supuesto. Se la daría, si no fuera porque la descubriría con el premio.

—Pero ¿por qué la merece? —preguntéla riendo.

—¡Porque es muy loca esa Pepa! —exclamó Lola con tono rencoroso y frunciendo las cejas con gesto de niño colérico.

VI.

PRIMEROS NUBLADOS.

Antes de ponerme á horcajadas sobre el asno eché una mirada escudriñadora sobre todo el cortejo. Eran como doce carretas y cerca de veinte ginetes. Nos hallábamos dispuestos á emprender la marcha al cercano sitio campestre llamado los *Camichines*, para merendar y bailar á la sombra de los árboles. Mía había sido la idea de organizar aquella fiesta; comunicuéla á mis amigos, y la aceptaron con regocijo; cundió de ahí á nuestras casas y familias, y llegó al fin el día de verla cumplida. Hecha una colecta en nuestros bolsillos semi-infantiles,

podimos reunir algún dinero, que destinamos al pago de la música. Cada familia quedó obligada á costear su transporte. Las enchiladas, los tamales, los frijoles y el atole de leche que deberían hacer nuestra delicia en el punto final de la excursión, fueron preparados á escote por las familias que formaban el grupo.

Los músicos ocuparon una carreta. Se acomodaron como Dios les dió á entender en el toseo vehículo con sus enormes instrumentos de cuerda — el harpa, el bajo, la séptima y la quinta —, haciéndolo aparecer como bosque inextricable. A pesar de todo, ingeniáronse los amables artistas para tañer sus instrumentos en tan incómoda cárcel, y tuvimos el regocijo de salir por las calles del pueblo á compás de la música, llamando la atención general.

Habíanse prevenido colchones en las carretas, para amortiguar un tanto los tumbos de la desapacible marcha; habíanse colocado cueros de res curtidos, en lo alto de la máquina ambulante, para evitar el sol ó la lluvia, que de todo podía haber en la expedición; y se había formado con verdes tallos de carrizo, un adorno primitivo á las toseas

amazones rodantes. Las mamás y las tías ocupaban el centro de las carretas; en la parte delantera iban los niños con vista á la posterior de los bueyes, tirando de las cerdas de la cola de los mansos animales ó picándoles las ancas con palos y estacas que no les faltaban; á la entrada del armatoste se ostentaban las jóvenes de la familia, ó las amigas de la casa, dando la espalda al interior del vehículo y con los pies echados hacia fuera. Tapetes colgantes por un lado y las faldas cuidadosamente extendidas por otro, impedían mirar las nuevas y coquetas botinas, que se escondían pudorosas en los pliegues de las limpias ropas recientemente planchadas. Los rebozos de seda ó hilo de bolita, graciosamente terciados en los hombros ó al derredor del talle, daban carácter de veraneo al traje de las muchachas; y las frescas flores que llevaban prendidas en la abundante y bien peinada cabellera, ó en medio del pecho palpitante, comunicaban rasgos de alegre y sencilla fiesta á la expedición.

Sentíme satisfecho del efecto general del grupo, y saltando sobre los lomos de mi ruico, me eché á galopar en pos de la comiti

va, que me había tomado la delantera. Reinaba por todas partes el humor más delicioso. Salían del fondo de las carretas coros llenos de júbilo, formados por voces infantiles y por el acento harpado de las muchachas bonitas, que reían, hablaban á voz en enello, se interrogaban de una carreta á la otra, y mostraban tal complacencia, que no les cabía dentro del cuerpo.

— ¡Ay! ¡ay! ¡Carretero me cuernan los bueyes!

— ¡Señor de la carreta! ¡señor de la carreta! ¿qué no podemos dar una carrerita?

— ¡Carretero! ¡carretero! ¡detenga los bueyes, que nos van á matar los porrazos!

Tales eran las exclamaciones que resonaban á lo largo del camino, en tanto que los jovenzuelos trataban de hacer caracolear sus mansas cabalgaduras, sin conseguirlo, para lucirse delante de las bellas.

Crucé por en medio de los grupos de ginetes y de las hileras de carretas, en pos de la única que me preocupaba, y llegué no sin trabajo, á ponerme de ella á poca distancia. Ví en efecto á Lola que, como todas las jóvenes, iba á la entrada de la carreta dando frente al camino que quedaba hacia

atrás. Parecíome más hermosa que nunca. Vestía traje blanco de leve gasa floreado á largos trechos por botoncitos de suave color; lucía un ramo de frescas rosas en la mitad del seno, y llevaba gardenias graciosamente entrelazadas en el peinado. La blancura alabastrina de su tez resaltaba bajo los lozanos colores de sus mejillas, que se ostentaban aquella tarde más tersas y frescas que de ordinario. Había en sus ojos nuevo brillo, y aun parecía que su rubia cabellera estaba más dorada y resplandeciente que nunca.

Saludéla con el sombrero en la mano, oyendo los golpes que me daba el corazón en el pecho, como si deseara romper las paredes de tan estrecha cárcel para ir á colocarse á sus plantas. Respondíome amablemente, y me mantuve á corta distancia para no perderla de vista. Una nube obscureció de repente mi pensamiento. Un caballero iba junto á Lola. ¿Quién era? No lo sabía; un desconocido. Le examiné con atención, y me cercioré de que era un joven como de treinta años, moreno, de negros ojos, de cabellera abundante y de gran bigote oscuro; figura varonil y simpática en suma. Angustia

indecible me oprimió el pecho; no sé qué voz misteriosa me dijo que había llegado el momento del peligro, y que aquel personaje estaba destinado á hacer un papel desolador en mi idilio. No obstante, nada indicaba que mis pensamientos fuesen fundados. El desconocido mantenía un diálogo bastante vivo con la Sra. D^{ca} Agustina; pero aunque dirigía de cuando en cuando la palabra á mi amada, ésta le contestaba por monosílabos, con mucha seriedad, y sin verle, en tanto que no apartaba de mí los ojos azules. El caballero pasaba frecuentemente la mirada burlona, de Lola á mí, y algo decía á D^{ca} Agustina, que la hacía reír y sacaba los colores al rostro de mi novia.

Por fin llegamos á los *Camichines*, bosquecillo tupido de árboles de este nombre, dispuestos en hileras paralelas, y que parecían haber sido plantadas expreso para servir de albergue al amor y á los placeres campestres. Trasladadas al suelo las pieles y los petates de las carretas, debajo de las sombras sentáronse las damas, en tanto que las criadas disponían los manjares y la porcelana que debían servir para la merienda. Ocupó la música la parte alta del

terreno. No cesó de hacernos oír sus armonías mientras permanecimos en el sitio, que fueron largas horas; lo que admiró á los circunstantes tanto por la probidad como por la constancia de los artistas en el desempeño de sus funciones.

Al estilo de los moros en las huertas de Andalucía, gustamos los manjares debajo de las frescas enramadas, en medio de una grande algazara de voces y de un alegre retintín de platos y vasos. No son á la verdad, muy poéticas comidas las enchiladas y los tamales, ni sería posible poetizar el atole; son alimentos harto prosaicos y pastosos para compararlos con el néctar y la ambrosía de los inmortales. Las muchachas bonitas se entregaron con todo, al placer de devorarlos, aunque no sin cierta mortificación de que viésemos las huellas que solían dejar aquellos alimentos al derredor de sus frescas boquitas. Por mi parte sé decir que el único manjar que hallo digno de unos labios de rubí, es la nieve de fresa. ¡Lástima que no puedan mantenerse con ella las hermosas!

Concluida la merienda, tocó su turno al baile. Siempre he sido torpe para las

evoluciones coreográficas. Tengo los huesos muy duros é inflexibles las articulaciones, como si estuviesen anquilosadas; mis pies se resisten al ritmo, y todo mi cuerpo es harto pesado para emular á la traviesa Terpsicore. Así he sido siempre, desde los albores de mi vida, y no han servido para remediar mi torpeza, ni los ensayos de baile solitario que hice en el colegio abrazado á una silla, ni las lecciones que recibí de varios amigos míos, habilísimos danzantes, ni la buena voluntad de algunas amables amigas, que sufrieron con paciencia les diese algunos pisotones, y les desgarrase el vestido, por tener la gloria de triunfar de mi rebelde torpeza. Convencido de mi falta de aptitud para el objeto, me he convertido en filósofo, y he proclamado á voz en cuello que el baile es absurdo, que sólo conviene á la gente sin seso, y que es cantrario á todo decoro,—procurando así disfrazar mis defectos con razones orgullosas; pero en el fondo del corazón deploro profundamente no poder efectuar las cabriolas que ejecutan á la perfección tantos mozalvetes de tres al cuarto.

Así, pues, no sabiendo bailar, no me fué

dado tomar parte en el regocijo; pero como era cosa convenida entre Lola y yo, que ninguno de los dos bailaría, tuve la satisfacción de verla siempre sentada, sin consentir en danzar con los jóvenes que la invitaban para que los acompañase. No obstante, estaba en ascuas, porque no podía hablarle, y me era intolerable de todo punto la vista del joven moreno que se mantenía cerca de ella.

Debe haberme salido al rostro la impaciencia de una manera harto visible, porque me preguntó Lola por medio de una seña, echando atrás la cabeza, qué era lo que tenía. Fruncí el ceño, y le designé con los ojos al caballero del negro bigote. Sonrió imperceptiblemente, y levantó los hombros como diciendo:

—¿Qué me importa ese hombre!

Seguí sombrío no obstante. Apiadada de mí, levantóse Lola de su asiento en compañía de una amiga, y emprendió un corto paseo al derredor del bosque de camichines. Comprendí la maniobra, y fui á reunirme con ella, en el punto más apartado del que ocupaba la Sra. D^{ca} Agustina.

--¿Qué tienes?—me dijo Lola--¿por qué estás contrariado?

Le contesté con otra pregunta:

--¿Quién es ese caballero que acompaña á ustedes?

--¡Ja! ¡ja! ¿estás enojado porque viene con nosotros?

--¿Quién es ese caballero?

—Es mi primo Tomás, que acaba de llegar de Zacatecas.

—Es muy antipático.

—¡Tan trigueño! No le conocía. Se fué de aquí muy niño, y hasta ahora vuelve.

--¿Viene á establecerse á Guadalajara?

—Piensa regresar á Zacatecas muy pronto

—¿Y si te hace la corte?

—No pienses tonterías; no se ocupa de mí.

—¿Y si te la hace?

--No me la hará.

—Pero ¿si te la hace?

--Perderá el tiempo. ¿Por qué me preguntas esas cosas? ¿me tienes desconfianza?

—No, por vida mía, te tengo más fe que á nadie en el mundo. Creeré lo que me digas.

--Pues no tengas cuidado. Aunque fue.

ra un príncipe y no fuese tan trigueño, no le haría aprecio.

--¿De veras?

--De veras ¡vaya una insistencia! No seas tonto.

—¿De manera que siempre me quieres?

—¿Cómo *siempre*? ¡Pues qué soy una velta! Me estás diciendo cosas que me ofenden.

--Perdóname, Lola, como te quiero tanto, me voy haciendo necio.

—Pues nada, que se acabe el mal humor; no quiero verte triste.

—Puedes hacer que en un momento me ponga resplandeciente de alegría. Dime que me quieres; no me caso de que me lo digas. Quisiera estarlo oyendo siempre.

Sonrió dulcemente y se disponía sin duda alguna á decírmelo, cuando cambió la expresión de su rostro, se heló la voz en su garganta y se puso pálida. Busqué instintivamente la causa de su turbación, y ví á D. Agustina á dos pasos de nosotros, que nos miraba iracunda.

—¡Cómo te he de creer--articuló dirigiéndose á Lola--que vengas á dar escándalos en público!

—¡Pero mamá!--murmuró Lola con tono suplicante.

--Te creía más juiciosa; veo que no sabes conducirme. Me vas á matar á pesadumbres.

Luego se dirigió á mí, que estaba estático

--Señor--me dijo--, le suplico no ande inquietando á mi hija.

--Está bien, señora--repuse anonadado.

—¿Qué objeto tienen estas cosas?

No supe qué contestar.

—Nada más que desacreditar á mi hija, y quitarme los días de la vida.

—De ningún modo—me atreví á observar—¿qué culpa tengo de querer á Lola?

—¡Vaya un atrevimiento! La culpa está en andarse ocupando de amoríos con tanta anticipación. Está vd. dentro del cascarón y ya quiere cacaraquear. Es ridículo.

Sentí que la cólera iba á hacerme cometer una imprudencia; pero por no afligir más á Lola, me abstuve de contestar.

—Con que señor,—prosiguió,—¡cuidado con volver!—á molestarnos á mi hija, y á mí!

Tomó á Lola [á quien se le saltaban las lágrimas] por la mano, y la arrastró en pos suya con paso trágico y rostro lleno de ma-

jestad. Por lo que hace á mí, permanecí inmóvil en aquel sitio, combatido por sentimientos de ira, despecho, vergüenza, y, sobre todo de lástima, de lástima por la pobre Lola, cuya congoja me partía el corazón.

Acto continuo, dió D.^o Agustina trazas de volverse á San Pedro. Al observarlo, acudieron á su derredor los concurrentes, procurando disuadirla de su propósito.

—Pero ¡qué es eso! ¡tan pronto! —le decían.

--No, señora, no se vaya Ud. todavía.

--Aguarde Ud. otro poco; luego se irá.

--No tardamos en marcharnos todos.

--No puedo quedarme más tiempo—contestó la interpelada con tono breve y resuelto--Udes. dispensen, pero me es imposible; Lola se ha puesto mala.

--Pues ¿qué tiene?

—Pero señora....

--No, no puedo, ustedes dispensen.

Y no hubo remedio. Recogieron las criadas los útiles y trastos de propiedad de su ama, y ésta, Lola, el primo D. Tomás y la servidumbre entraron en la carreta y emprendieron la marcha de regreso á San Pedro. Todo lo ví desde cierta distancia con

pesadumbre y sin poderlo remediar, y más triste me quedé cuando no recibí ni una mirada de Lola, que me consolara en el momento de partir. Estaba la pobreilla tan llorosa, avergonzada y afligida, que no se atrevió á volver el rostro hacia el concurso para buscar mis ojos.

Permanecí largo rato apoyado en el tronco de un árbol, mirando como se alejaba la perezosa carreta, con sordo ruido de duros golpes al rodar torpemente por el pavimento lleno de desigualdades. No sé qué presentimiento doloroso me atormentaba, como si aquella fuga repentina anunciara el desvanecimiento de mis sueños. No me mezclé ya con la reunión; anduve vagando en torno del bosquecillo, oyendo la música, que me oprimía el corazón, y las alegres voces de los bailadores, que me causaban despecho. Imagen viva de las vicisitudes del mundo, había llegado á aquel sitio lleno de contento y de esperanza, y el trascurso de unos momentos había sido bastante para trocar tan dulces afectos en angustia y sobresalto.

La música, ese embeleso del alma, que aman hasta las fieras; ¡cuán triste suena al

oído de los que padecen! La vaguedad de la sensación que las notas producen y la carencia de lenguaje determinado en la armonía, preparan el alma para los afectos, haciendo vibrar las cuerdas del sistema nervioso con estremecimientos arcaicos. Conmovido el espíritu de esta suerte, es á modo de blanda materia apercebida á todas las emociones: el amor, el dolor, la alegría—, ese mundo de sentimientos que se disputan alternativamente en la vida, el dominio del corazón. Nunca es más exacta la frase: *el espectáculo está dentro del espectador*, que cuando de música se trata: el que es desgraciado oye triste la música alegre, el que es feliz encuentra regocijadas las marchas fúnebres.

Así yo, en aquel punto y hora, dominado por la pena y el temor, sentía que se me saltaban las lágrimas de los ojos oyendo los alegres valeses y polkas jubilosas que pregonaba ruidosamente la música. Cualquiera que me hubiese visto en esos momentos, se habría reído de mí, como de un insensato,

VII.

IN FRAGANTI.

Cuando penetraron las primeras luces del alba por las rendijas de mi ventana, salté del lecho con prisa, y reasumiendo mis vestidos, dirigíme á la huerta. Estaba fría y nebulosa la mañana. Caía de los cielos plomizos una lluvia finísima, como de agua tamizada allá arriba; todo se veía pálido y lo temprano de la hora y por la obscuridad de la atmósfera. Lucían las verdes hojadas menudas gotas de lluvia que parecían lágrimas, y que resbalaban por la verde superficie como si rodaran de desconsoladas pupilas. Las calles formadas por los árboles y las plantas estaban húmedas y llenas de charcos; ranas verdes las cruzaban á saltos, en tanto que la llovizna silenciosa proseguía extendiendo por el suelo su humor diáfano y brillante. Los blancos floripondios se balanceaban pendientes de las ramas al

soplo del viento, como silenciosas campanillas que anunciaran la hora de la tristeza, y las maravillas rojas, azules, amarillas y blancas, despedían su melancólico perfume de cementerio, difundiendo en el pecho melancólicas emociones. Piaban los pájaros en las ramas como si alguna pena los afligiese, y á lo lejos las torcazas cantaban con voz dolorida su eterna canción de semana santa. Mi corazón opreso todo lo hallaba triste, á la luz de sus presentimientos, como si en un instante hubiese revestido la naturaleza su traje de duelo, al unísono con mi espíritu.

Esperé largo rato que avanzara la mañana para departir con Lola y recibir consuelo de su boca adorada; al fin llegó el instante deseado, y subí por la escalera á lo alto del muro revestido de pitajayas.

La huerta contigua estaba también triste y solitaria. Las flores de los granados destacábanse tristemente sobre el verde follaje destituido de ornamento, y las aves silenciosas volaban entre las ramas, como espantadas de tanta soledad y de tanto abandono. Al fin rechinaron los viejos goznes de la puerta, y apareció Lola envuelta en

su rebozo listado de blanco y rojo. Alzó el rostro para verme, hízome seña de que esperara, y trepó ágilmente por la escalera.

—Pobrecilla—la dije—; cuánto habrás sufrido por lo que pasó ayer tarde!

—Mucho, Antonio—me contestó. No sé cómo puedo verte cara á cara. Tenía tanta vergüenza, que llegué á pensar no venir á la huerta.

—¿Y habrías tenido corazón para ello?

—Ya ves que no lo tengo; pero debes comprender que el caso no es para menos. Haberme reñido mamá delante de tí! Y haberte dicho tantas cosas!

—Pero es tu madre y todo se lo hemos de dispensar.

—Se entiende; pero eso no quita que me aflija lo sucedido. He llorado toda la noche.

—Habría un medio de que no volvieras á tener un rato tan malo como el de ayer.

—¿Cuál?

—Que me dieras calabazas y te hicieras novia de tu primo.

—Antonio, por Dios; te estás poniendo insuportable. No podemos pasar ya un momento á gusto; tan luego como nos reunimos, comienzas á atormentarme.

—No te enfades; de tí no digo nada. Pero ¿me negarás que á tu mamá le llena el ojo ese señor para que te cases con él?

Vaciló un momento, reflexionó seriamente, y repuso:

—Si te digo la verdad ¿no la aborreces?

—Pero ¿cómo la he de aborrecer?

—No, siempre no te la digo.

—¿Por qué?

—Porque te irritas.

—No me irrita.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Pues bien, es cierto; mamá dice que eres un chicuelo, que aun no tienes barbas.

—Según eso ¿te destina para algún ermitaño?

—No digas esas cosas; lo que quiere es que se fije mi atención en un hombre formal. Dice que nuestros amores no son más que un juego en que salgo perdiendo. Que si las cosas continuaran así, el resultado sería que al fin me dejaras por otra, porque eres menor que yo, y soy una vieja para tí.

—Imposible; tu mamá no me conoce, ni sabe cuanto te quiero. ¿Qué tanto eres mayor que yo? Unos meses; quiere decir, na-

da; somos de la misma edad. Por otra parte, te querría aun cuando me aventajaras diez años.

--Así lo creo, y así se lo he dicho; pero ella replica que soy muy tonta, y que no tengo experiencia de las cosas; que los hombres se vuelven unos demonios á los veinte años,

--De los demás nada puedo decir; por lo que hace á mí, no he de cambiar nunca, porque eres mi dicha.

--Agrega mamá que no puedes pensar en casarte, porque apenas estás en el colegio.

--¿Tanta prisa le corre?

--No seas malo, no quiero que hables mal de mi mamá.

--Perdóname; pero me violenta que te sugiera esas cosas. Tienes diez y seis años, y bien puedes esperar á que me reciba de abogado; acortaré la carrera, y dentro de cuatro ó cinco nos casaremos.

Púsose Lola tan colorada como una amapola, y con tono tímido prosiguió:

--¿No es verdad que sí?

--Por supuesto.

--¿Y qué no me has de olvidar?

--Por lo más sagrado te lo aseguro.

--Te tengo una fe ciega. Te esperaré todos los años que quieras.

--Y yo procuraré que sean los menos posibles. Me siento tranquilo; seguro estaba de que tu vocecita habría de traer la paz á mi corazón. Pero ¿y tu primo?

--¡Y dale con eso! ¿Qué tiene que ver él con lo que estábamos hablando?

--Nada, sino que deseo sigas refiriéndome lo que me contabas.

--¿Qué cosa?

--Que tu mamá le halla bueno para hijo político.

--Ya te lo confesé. La pobre de mamá dice que desde que papá murió, estamos desamparadas, y que no moriría tranquila si no me dejara enlazada convenientemente.

--Todavía está joven; han de pasar muchos años para que te deje.

--Dice que no, que se siente enferma y destruida, y que mi porvenir la inquieta sobremanera.

--Por consiguiente.....

--Opina que debería casarme con mi primo, porque, en su concepto, todo lo reúne. Es persona de nuestra familia, como hijo de una hermana de mamá; tiene buenas

ideas, es juicioso, honrado, trabajador y tiene alguna fortuna.

—¿Se fija tu mamá en la fortuna? No lo hubiera creído.

—No la calumnies. No querría que me casara por interés; pero cree que una posición desahogada asegura la felicidad del matrimonio. No hay cosa que le parezca más absurda que aquello de *contigo, pan y cebolla*, pues á ese refrán opone este otro que dice ser el evangelio: *donde no hay harina todo es mohina*.

—En ese caso estoy perdido.

—¿Por qué?

—Porque tu mamá quiere á tu primo.

—Pero yo te quiero á tí. ¿Preferirías que yo quisiera á mi primo, y que mamá te quisiera?

—Tal vez.

—¡Vaya una originalidad!

—Es, Lola, que comprendo lo mucho que vale la opinión de la madre en el ánimo de hijas tan buenas como tú, y creo que la influencia materna acaba por triunfar tarde ó temprano. Además, reconozco humildemente mi inferioridad personal. ¿Qué valgo yo? Nada. Soy un muchacho estudiante sin po-

sición social, sin industria, sin hacienda; sólo en una cosa no le cedo á nadie la palma, y es en quererte. Desafío á todos los galanes que te han cortejado, á tu primo que tiene doble edad de la mía, á todo el mundo, á que sepa quererte como te quiero. ¡Que no pueda adquirir lo que me falta para ser digno de tí, aun cuando tuviera que hacer un gran sacrificio! Lola, te quiero con arrebató, con pasión, como no volverás á ser querida nunca.

Sentí que la voz se me cortaba en la garganta, y que iban á saltárseme las lágrimas. Enternecida Lola, cogióme la diestra con la suya tersa y pequenita, y oprimiéndomela castamente contra el seno, díjome:

—Tu cariño es lo que anhelo; cuando te oigo hablar, siento que se me ensancha el corazón, y conozco lo mucho que te quiero. Antonio, no tengas temor alguno; mi corazón te pertenece. . . .

Oyóse en esto un ligero ruido en la puerta de la huerta. Lola palideció intensamente.

—¡Olvidé echar la aldaba! —me dijo con angustia.

Antes de que hubiésemos podido tomar alguna determinación, abrióse la puerta con

estrépito, y apareció D^{ca} Agustina con la faz descompuesta por la cólera. Buscó un momento con los ojos por todos los ámbitos de la huerta, y no hallando á nadie, los elevó instintivamente hacia nosotros. Habían sido tan rápidos los acontecimientos, y el estupor de Lola y el mío tan grandes, que no habíamos acertado á bajar de nuestros sitios, y apenas habíamos desenlazado nuestras manos.

—¡Cómo!— gritó D^{ca} Agustina— ¡qué estás haciendo ahí, desgraciada? ¡Y yo que te creía tan tímida y juiciosa! El que tiene la culpa de todo es vd., señor, que ha venido á introducir el desorden en mi familia. ¡Quién lo hubiera pensado! Es demasiado grave. ¡Hablarle á la madrugada, por la huerta, escalando las paredes! Es un verdadero delito. Sabré poner remedio, señor. Aun cuando sea mujer sola y se me atreva cualquiera, yo me haré respetar, poniendo el hecho en conocimiento de quien lo remedie.

Pronunció tan airado discurso la Sra. D^{ca} Agustina elevando la voz y mirándome con ojos de basilisco, mientras Lola, verdaderamente anonadada, se cubría el rostro con

las manos, y sollozaba derramando torrentes de lágrimas. Por mi parte, quedé estático, como herido de catalepsia, y no pensaba en descender de mi elevado puesto, ni siquiera esconderme detrás de la barda para ponerme á cubierto de las miradas y de las frases de la indignada señora. Y así habría permanecido Dios sabe hasta cuando, si D^{ca} Agustina no hubiera hecho á Lola bajar de la escalera y salir de la huerta en su compañía.

Bajé yo también por mi lado lleno de abatimiento y sintiendo instintivamente que había sonado para mí la hora de la mala ventura. Todo se conjuraba en mi contra desde la llegada del infernal primo, que había venido á echar á perder mi felicidad. Un vago presentimiento me decía que la partida estaba empeñada, y que yo la perdería, porque representaba la parte débil. ¡Oh! ¡si hubiera podido dar pasos serios en aquel punto y hora, habríame dirigido sin pérdida de tiempo al curato, y hubiera dado principio á los arreglos matrimoniales! Y hubiera comenzado impertérrito la carrera matrimonial á los diez y seis años, como cualquier mahometano.

En medio de mi pesadumbre, recordaba confusamente las escenas de raptos amorosos que había leído en las novelas y romances que habían caído en mis manos; y se me venían á las mientes los elegantes grabados de dorado marco, que había visto en los muros de algunos salones, donde se ostentaba un gallardo guerrero, moro ó cristiano, que llevaba á la grupa de su veloz cabalgadura una joven lindísima que se abrazaba azorada y cariñosa á su cuerpo robusto, como al álamo la hiedra, en tanto que el enamorado galán blandía en la diestra el acero reluciente, terror de sus enemigos.

Pero todo eso no pasaba de delirio, pues ni era yo guerrero, ni tenía enemigos, ni Lola admitiría huir conmigo, ni podría tenerse en las ancas de mi alazán brioso, ni me estaría bien desnudar el acero contra la Sra. D^{ca} Agustina, y ni siquiera, para decirlo de una vez, tenía espada ni caballo.

Preocupábame á la vez en alto grado, la amenaza que me había lanzado la airada señora, según la cual era yo un criminal, saltador de pacíficas moradas, y de cuyas fechorías debería tener conocimiento la justicia para debido escarmiento. Sentíame ya

en las garras de los alguaciles, caminando al presidio ó tal vez á la horca por mis negros pecados. No sin dificultad logré calmar mi agitación, reflexionando que aquello no podía pasar de un mero desahogo, supuesto que hacer pública la aventura, sería entregar á la malignidad de las gentes el nombre inmaculado de Lola; lo que por ningún caso haría la indignada señora, como en efecto, no lo hizo.

VIII.

LOS PRIMOS.

Sucedió lo que me esperaba. Desde la mañana funesta en que sorprendió D^{ca} Agustina nuestro secreto, y nos pilló en flagrante delito de coloquio aéreo, fuéme ya imposible comunicarme con Lola. Mirábala á las veces cuando salía á misa ó á algún paseo, siempre acompañada de la mamá y del primo D. Tomás. Aquel hombre no se les apartaba un momento; era su misma sombra. Veíale entrar en la casa de mi novia á las ocho de la mañana, salir á la una de la tarde, volver á las tres, y no de-